

La servidumbre lingüística

Leonardo Martínez Carrizales*

La viva experiencia de los hombres suele escapar a las cifras en que tanto confían los funcionarios públicos de nuestro tiempo. Por ello, quisiera compartir con los lectores de estas páginas un testimonio de carácter personal. Estoy seguro de que en esta "anécdota" hay una aproximación al estado de nuestra cultura que escapa a las cifras optimistas de nuestros programas educativos y culturales; una aproximación a la cual tendremos que hacer frente algún día, por más odiosa que nos resulte la imagen que nos propone de nosotros mismos.

Durante poco más de diez años, he impartido clases en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de nuestra universidad, sin faltar a uno solo de los semestres en que ha de impartirse el curso más avanzado que se relaciona con la redacción periodística, correspondiente al programa de estudios de la licenciatura en ciencias de la comunicación. En consecuencia, he sido testigo del deterioro paulatino que afecta las capacidades expresivas de quienes están llamados a convertirse, en breve, en periodistas; es decir, en profesionales universitarios de la comunicación escrita, sea impresa, sea difundida por medios electrónicos. Fernando Lázaro Carreter nos recordaría inmediatamente que entre estos jóvenes, en verdad, se reclutarán tarde o temprano los más influyentes árbitros del uso y abuso del lenguaje, dada la poderosa resonancia pública de sus instrumentos de trabajo.

En los hechos, un curso que debía consagrarse al examen de las cuestiones

más elaboradas de la opinión periodística, se ve en la necesidad de demorarse en despejar dudas y corregir errores frecuentes, ya repetidos por sistema, relativos a la gramática, el léxico y el estilo. Lejos, muy lejos de una consideración compleja de los géneros periodísticos de opinión, he debido atenerme en muchas ocasiones a un improvisado curso de redacción, si es que uno ha de esforzarse por servir a los alumnos, en vez de sólo reproducir la falacia numérica de la eficiencia terminal.

Ya escucho el grito de quienes ven en toda opinión crítica e independiente un ataque a nuestras instituciones. Pero no escribo estas líneas con placer; mucho menos con la arrogancia que padecí en algunos de mis profesores y que hoy advierto en algunos de mis colegas. La pobreza cultural de nuestros alumnos es una pobreza que compartimos todos, que nos afecta a todos, que se arraiga y se alimenta en el suelo que todos pisamos como habitantes de una comunidad política. Pocos podrían entender a cabalidad lo que aquí afirmo a menos que hayan sostenido un trato frecuente con jóvenes de buena voluntad incapaces de expresarse de manera compleja en el ámbito del conocimiento universitario. Y ya se entiende que una expresión precaria no es sino el reverso de una pobreza todavía más lamentable, si cabe: la del enten-

dimiento. Porque el ejercicio de una lengua es el instrumento indicado no sólo para hacerse entender con propiedad, y aun originalidad, sino también para comprender el mundo que nos rodea. Un mundo que es conducido a nosotros, que se nos revela mediante las palabras.

Por lo tanto, aquí no me lamento de no haber contado entre mis alumnos con campeones de la elocuencia (que los ha habido), sino de contar en exceso con quienes apenas si pueden entender el mundo por un solo gajo, de acuerdo con su disminuido tesoro lingüístico. He aquí uno de los aspectos más dramáticos de la desigualdad social. La boca y la pluma de estos jóvenes no sólo rinden testimonio de una falta imputable a nuestro sistema educativo, sino también del fracaso histórico del Estado mexicano en la formación de los ciudadanos. Lengua y ciudadanía son términos correspondientes: deberían ser un binomio común en todo programa de administración pública.

Además del futuro profesional, la ciudadanía política de estos estudiantes se encuentra en entredicho si confiamos en la elemental visión del mundo que nos trasmite su elemental balbuceo. ¿Qué mundo puede caber en un centenar de palabras unidas gramaticalmente por meras yuxtaposiciones? La madurez política e intelectual de nuestros alumnos pasa necesariamente por el alivio de su servidumbre lingüística. Quienes no contribuyen a esa liberación reproducen, en cambio, un estado de cosas injusto y desigual, a pesar de que otorguen con falsa generosidad títulos y grados.



Carybé, Brasil

* Escritor y crítico literario

Duelos y fantasmas

Sergio González Rodríguez*

Zaida del Río, Cuba



Propongo un ejemplo. Actualmente, una buena parte de la política cultural del Estado mexicano se concentra en la promoción de la lectura, con un sesgo marcadamente literario. Claro, es más fácil decir en voz alta cualquier lugar común acerca de la obra de Martín Luis Guzmán, Juan Rulfo o Carlos Fuentes, que enseñar a escribir a una generación y sostener la ampliación continua de sus facultades letradas hasta una edad madura. Lo primero puede ser llevado a cabo, de tarde en tarde, por cualquier escritor empleado por el gobierno como promotor de la lectura; lo segundo requiere de un programa de Estado, continuo y sistemático. Menuda diferencia.

No hay, no habrá, no puede haber éxito posible para cualquier iniciativa de fomento de la lectura que se dé en un suelo tan depauperado como el que indican las pobres capacidades lingüísticas a las que hago referencia en este artículo. Algunos dicen que los libros liberan nuestro "espíritu" (cualquier cosa que esto quiera decir). Eso suena bien para una campaña publicitaria que suaviza el trato del gobierno con los grandes consorcios editoriales, y adula a la clase intelectual del país. Yo prefiero decir que la verdadera liberación de la persona pasa por el dominio de la lengua. <

Me cuentan, porque no lo pude atestiguar, ya que andaba fuera de la ciudad, que semanas atrás me perdí de un duelo verbal en la sección de correspondencia del diario *La Jornada* entre dos protagonistas de peso en la cultura mexicana. No quise comprobar éste porque, al menos hasta el momento, me gustó bastante la crónica que al respecto me hicieron más de dos amigos: ¡en esta esquina, la fajadora y teatrista Jesusa Rodríguez!; ¡en esta otra, el peso completo (iba yo a poner el peso pesado, pero no quiero que tal expresión se preste a malentendidos en torno de mi amigo) Guillermo Sheridan!

Al margen de las metáforas boxísticas, que tienden a trivializar el enfrentamiento de ideas que hubo de por medio, Jesusa le reclamaba a Guillermo algún presunto colaboracionismo con el gobierno actual, además de que defendía la figura de Salvador Novo y la quería limpiar de su colaboracionismo diazordacista, a lo que replicó, enérgico —nada raro—, el crítico y ensayista, y puso las cosas en su lugar.

Me llama la atención el carácter memorioso del episodio, y su tenaz beligerancia acerca de un muerto, lo que habla también de un efecto incisivo que rebasa lo trivial: la dinámica de un relevo transgeneracional de impacto vívido, al grado de que las pasiones surgen y se reubican de cara al paso del tiempo.

El agarrón entre Jesusa y Guillermo (iba yo a escribir el "deschongue", pero no quiero que se me tome a mal semejante símil, debido a que el crítico

y ensayista luce una elegante semicalvicie que hace de todo impropio el término) se expresa en términos de posturas contrastantes que dicen mucho de lo que la cultura mexicana ha llegado a ser de cara a sus más preciados valores, prestigios y desprestigios.

Justo al cumplirse medio siglo de que Salvador Novo fundó La Capilla, Jesusa Rodríguez efectuó un festejo coyoacense donde diversos actores y actrices se disfrazaron de los amigos y amigas novianas, por ejemplo, Diego Rivera, Dolores del Río y María Félix, además, por supuesto, de Salma Hayek, perdón, de Frida Kahlo. El juego irónico, desde luego, llevaba también un poco de homenaje y otro tanto de nostalgia; de nuevo, por estar fuera de la ciudad, me fue imposible asistir al carnavalesco acto, que reunió lo mismo al respetable Carlos Monsiváis, que a la gentil Gloria Pérez Jácome (fundadora de El Estudio de Salvador Novo, A.C.: por cierto, días después me enteraría, en un reportaje gráfico en la revista *TV y Novelas*, de que Gloria, la guapa hija de Gloria, comunicadora televisiva, hacía pública la historia sobre el fantasma de Salvador Novo, que no deja de visitar su casa, construida en lo que fue el área de la alberca noviana).

El doctor Salvador López Antuñano, primo del autor de *Nuevo amor*, me invitó, y le prometí ir, pero me fue imposible cumplir con mi promesa, situación que en lo personal atribuyo al fantasma de Salvador Novo, que siempre me ha dado mucha guerra. Al contrario de la joven Gloria, jamás he visto —Dios me libre— dicho espectro, pero el gran cronista representa para mí un espíritu chocarrero que mueve

* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista